

MORERA GARRIDO

FÉLIX DEL VALLE Y DÍAZ
Numerario (Secretario)

Leído en el homenaje a Morera Garrido en el Ayuntamiento de Toledo (sala Capitular), con motivo de la dedicación de una calle de la ciudad al mencionado artista.

Hay ciudades o regiones conocidas como “tierras de buenos vinos”; otras como “tierras de conquistadores”; y ciudades como Toledo a la que podríamos llamar “tierra de artistas”. Y no sólo por los artistas que la tierra da, sino, también, por los artistas que la tierra atrae, por los artistas que Toledo atrapa con sus duendes escondidos en su milenaria historia y con los espíritus de tanto creador de arte como por ella pasaron y quedaron integrados en el misterio de la antigua capital visigoda.

Hay artistas que nacen y se hacen en Toledo; otros llegan ya formados como tales y no pueden resistirse a la atracción misteriosa de nuestra ciudad. Y los hay también que, no habiendo nacido aquí, ni siendo aún artistas cuando llegaron, sí crecen y se forman artísticamente bajo los latidos de tanta historia acumulada en nuestras calles, en nuestros rincones, en nuestras piedras.

Si grandes son los artistas tenidos por toledanos, de derecho, (citemos entre los importantes del pasado a Luis Tristán, o a Juan Correa de Vivar, aunque éste viera su luz primera en Mascaraque), no es menos importante la nómina de los llegados aquí ya hechos artistas, que, habiendo vivido y trabajado en nuestra ciudad, se hicieron merecedores del apelativo de “artistas toledanos”. Cierto es

que las obras de la Catedral o la Corte atrajeron a muchos de ellos, pero no es menos cierto que todos quedaron prendados y prendidos en los hilos ocultos del misterioso y maravilloso encanto de la milenaria Toledo. No hay que hacer un gran esfuerzo para recordar algunos de ellos: los Berruguete, Comontes, Borgoña, Sánchez Cotán, Maíno... y Domenico Theotocopuli, que llegó más que ningún otro, atraído por el sosiego y la paz que su alma solitaria necesitaba.

Casi todos dejaron descendencia y escuela, pues sus estilos, aunque difieran entre sí, pueden muy bien considerarse dentro de las distintas escuelas toledanas; y alcanzaron, por tanto, el honor de ser considerados artistas toledanos.

El caso del artista toledano al que hoy homenajeamos, y al que el Excmo. Ayuntamiento dedica la calle en la que tuvo ubicado su estudio, pertenece al último de los ejemplos expuestos. Juan Morera Garrido, no llega a Toledo formado como artista, mas ya hay en él un artista en potencia pendiente de surgir al exterior. Él, consciente de ello, se entrega por completo a su formación: las clases de dibujo, escultura, pintura e historia en la Escuela de Artes de Toledo, de la mano de consagrados maestros como Roberto Rubio, José Vera, Enrique Vera y Julio Pascual, irán consolidando en el joven Morera el artista que lleva dentro. Una sola dificultad va a encontrar en su camino: el no ser toledano de nacimiento. Ello es un obstáculo para la concesión de una beca en la Diputación Provincial, lo que contraría y decepciona al joven Juan José. Pero él no pierde los ánimos y, empeñado en seguir su vocación, su única razón de vivir, busca un trabajo que le ayude en lo económico y le sirva a la vez para ir perfilando su destino de artista: modelista de reproducciones escultóricas por procedimientos galvánicos. Este trabajo, y su posterior empleo en Vigo de medallista y modelista de porcelanas, acrecientan en él su gusto por el volúmen, dejándole sumergido en un mar de dudas en sus preferencias. Su vocación de artista estaba

clara; pero ¿cuál iba a ser su camino definitivo? ¿La escultura? ¿La pintura? Le atrae mucho el volúmen y la forma tridimensional, pero, ¿y el color? Si se inclinaba definitivamente por el camino de la escultura ¿cómo iba a hacer surgir la explosión de color que había dentro de él quemándole las entrañas?

En la escultura consigue grandes triunfos: el premio “Siete de Noviembre del 38” y su monumento escultórico a los ferroviarios de Madrid que no llegó a ser terminado, amén de los numerosos modelos en pequeño formato que fue dejando en la conocida fábrica de porcelanas “Casa Álvarez”.

Mas no se para Morera en la observación de los volúmenes; une a esto sus ansias de color, lo que, con el estudio profundo de la figura en movimiento, va formando en él lo que podríamos llamar la retórica del barroco, base posterior de toda su obra pictórica, que se debatirá entre un esplendoroso barroquismo y un convencido expresionismo; todo ello como fruto definitivo de su formación. O sería mejor decir, como fruto de su propio gusto en su formación. Porque, ¿qué es lo que en definitiva dirige la formación o el camino de un artista sino, además de las enseñanzas que recibe, su verdadero gusto personal? Y si es cierto que el gusto personal se va formando o conformando con lo que el artista en ciernes ve, con lo que sus maestros le enseñan, no es menos cierto que los mecanismos de selección que constantemente funcionan en el individuo, empiezan desde muy temprano a gestar lo que después será el estilo de la personalidad artística del educando.

Y, como todos sabemos, hay tantas cosas que influirán en el gusto de un futuro artista y por tanto en la formación de lo que será su estilo personal, que nos maravillaría poder comprobar la importancia que en esta formación pueden tener las cosas mínimas que a su alrededor suceden, las cuales van forjando el carácter, base importante para la formación de su gusto. Por ejemplo, el sentido del humor; o el buen o mal sentido del humor. A este respecto todos los

que conocemos a Morera podemos decir que siempre ha gozado de un claro buen sentido del humor; o de un sano sentido del buen humor. ¿Ha influido esto en su estilo personal como pintor? Por supuesto que sí. No hay que interpretar esto como que el artista debería haber dedicado su vida al dibujo de “comics” o de chistes. Su sano buen humor se ha traducido siempre en el color de su paleta. Morera ha sido siempre un excelente colorista. No importaba que los temas de sus cuadros fuesen más o menos tétricos; el color salía siempre victorioso sobre el asunto pintado alegrándolo sobremanera. Como pequeña muestra de este hecho sirva la visualización de este cuadro, cuyo título desconocemos, en el que el color de la paleta de Morera Garrido, desdramatiza por completo el tema del torero y la muerte, haciendo del cuadro una bella obra colorista.

Decíamos hace un instante que su obra se debate entre un “esplendoroso barroquismo” y un “convencido expresionismo”. Nos atrevemos a dar a su obra estos calificativos partiendo de que entendemos el “barroquismo”, no en el sentido peyorativo que alguien le diera en los comienzos de denominación al Barroco, sino en el sentido meyorativo que para nosotros pueda tener una obra de arte alegremente mejorada. Cuando decimos un “convencido expresionismo”, es porque estamos seguros de que Morera está plenamente convencido de la intención expresionista con la que baña toda su obra.

Le hemos llamado también “pintor toledano”. En esto somos nosotros los convencidos; cuantos estamos aquí; el Ayuntamiento de Toledo y todos nosotros. Igual que somos conscientes también de cuanto este sobrenombre satisface al pintor que homenajeamos, el que, en lo más recóndito de su mente, aún conserva la sombra de aquel su primer disgusto de no concederle una beca para su formación artística por no ser toledano. Morera ha querido siempre ser toledano, ser artista toledano. Por eso un día quiso consagrar su arte a Toledo, pintando como nadie lo había hecho hasta entonces la

mayor fiesta toledana: el Corpus Christi. Hizo un cuadro de la procesión en el que pintó la luz; el color; la fiesta; la custodia de Arfe; las calles de Toledo; los toldos; los toledanos, ya que retrató a varios personajes conocidos en el momento; y a varios miembros de su familia, hoy naturalmente transformados por los años. Después de haber pintado tanto para el mundo, sus payasos músicos, sus toreros muertos llenos de vida, sus alegorías de todo tipo, sus viejas y viejos con las marcas de sus vidas en sus rostros, sus paisajes, sus luces, sus cielos; pinta para Toledo, para un toledano de Sonseca, el mayor símbolo de la ciudad a la que él tanto ama y de la que él tiene la sensación de haber recibido un rechazo cuando más le pudo doler: cuando era niño y tenía puestas todas sus ilusiones en llegar a ser un artista toledano. En este cuadro, Morera vierte todos sus conocimientos y toda su sensibilidad para demostrar a aquellos que no le aceptaron como toledano que él es tan toledano como el que más.

¡Cuántos cambios de domicilio en tu vida, Morera! ¡Cuántos hogares! Madrid, Toledo, Zamora, Vigo, Toledo de nuevo, otra vez Madrid... Y ahora, aunque tu cuerpo esté en la gran ciudad donde te pierdes, o mejor dicho, donde no te pierdes porque no te gusta deambular por ella, tu corazón vuelve a Toledo donde siempre estuvo.

Yo se muy bien, querido Morera, que aquel rechazo de aquella Diputación abrió una herida en tu corazón. Lo he comprobado cuantas veces me lo has referido bajo un maquillaje de comentario jocoso. Como se muy bien que lo que más te dolió no fue la pérdida de la beca, sino el que dijeran de ti que no eras toledano. Que dijeran aquello a aquel niño que veneraba como madre a la ciudad que le había acogido y que le estaba mostrando los encantos con los que él siempre había soñado y soñaba cada noche. Fue para tí como si una madre desdeñase de pronto a un hijo fiel.

Aunque aquella herida se haya venido cerrando por otros reconocimientos, sabemos, querido amigo, que este reconocimiento

de hoy colma cuantas expectativas de cariño tuvieras de tu Toledo. Pues hoy tu ciudad, madre, te acoge de nuevo dejando tu nombre escrito para siempre en la calle más recoleta que albergan sus entrañas: tu calle.

Toledo, 13 de febrero de 1993
Casas Consistoriales.